

Alfonso López Gradolí

Presentación de Palos Secos en Centro de Arte Moderno
Madrid, Octubre de 2004

Ernesto Jiménez Caballero, para su primer libro de 1923, “Notas marruecas de un soldado”, solicitó un prólogo al maestro Azorín, y este le contestó, “Muy señor mío: yo no hago prólogos. Los prólogos no sirven para nada. Si el libro es bueno no necesita prólogo, y si es malo, se hunde a pesar del prólogo”. Pero yo no podía equiparar el concepto prólogo al concepto presentación, y acepté el ligero encargo de Cecilia Noriega, una voz sugerente y agradabilísima que, por teléfono, hablaba de un común amigo, el gran poeta Pedro J. de la Peña, al que considero un hermano literario desde hace más de treinta y cinco años. Pedro no está sentado aquí ahora mismo, debido a un compromiso ineludible y contraído anteriormente, en Valencia, por su cargo de Presidente de la Asociación de Escritores Valencianos.

Las presentaciones de libros han de ser breves, y creo que no ayudan ni favorecen a la lectura de los versos que se realiza a continuación por el propio autor, autora en este caso; tampoco conformará el estudio cuidados del libro en un lugar tranquilo, por el afortunado poseedor de “Palos Secos”. Hablando de brevedades, recuerdo que hace bastantes años, un poeta muy acreditado ahora, pero entonces importante, me pidió que presentara su último poemario. El lugar de mi actuación era un intento (que finalmente no tuvo asentamiento ni continuidad) de conjuntar una librería literaria con un bar oscurecido, ascendido a pub. Cuando entré en el local había un griterío impresionante, las copas eran gratis y los poetas asistentes muy aficionados a las bebidas alcohólicas. Intenté que me escucharan y, alzando la voz, les aconsejé: “quiero hablaros del libro que se expone en esa mesa, con un buen número de ejemplares. He dicho “quiero” y sería mejor decir ‘quería’. Si os apetece leer buena poesía, comprad el texto. Muchas gracias”. Todos los oyentes siguieron bebiendo y alborotando, se vendieron dos o tres libros, y el autor no me saludó desde entonces; si coincidimos en algún acto literario, desvía su mirada y se traslada a otro corrillo.

Cecilia Noriega, tiene una excelente trayectoria artística en manifestaciones como la pintura, performances, las diversas técnicas audiovisuales. Yo no conocía personalmente a la artista de la que hablaré unos minutos, pero, al rato de charlar con ella, podía certificar que era una creadora originalísima en pintura; el poemario lo saborearía más tarde.

fluyen y que la artista plástica (su otra mitad, vuelve vanguardia, estímulo, selecto automatismo post bretoniano, rebúsqueda, el recuerdo acude y es un tiempo no rectilíneo, trasminado de cendal futurista, ultraísta y creacionista.

Cecilia crea en sus poemas una adecuada unión entre la expresión directa y coloquial y el uso de un refinado lenguaje con pinceladas de surrealismo, surrealismo que es una vía de conocimiento de la realidad más que una forma de expresión.

Sus textos están teñidos de admirada evocación, con un entusiasmado telón de fondo sobre el que se va recortando la desesperanzada experiencia de la poeta.

Cecilia combate acertadamente su posible tendencia a la uniformidad de tono y de contextura; practica una suave ruptura sintáctica y así resulta el poema y todo el libro más hondo y emocionante, a base de rompimiento expresivo y ejerciente, empeñada esta creadora en una guerra implacable a la retórica. Este magnífico libro es tarea a la que distingue el don de la claridad expresiva y testimonial. Estos poemas son narraciones explicadas y a la vez oscurecidas con sugerencias y alusiones a una historia vivida, teñidas con una moderada superficie de hermetismo y vertebradas por el atractivo armazón de la vanguardia.

En el libro “Palos Secos” hay una neta adecuación entre estos elementos dispares: el ritmo lento de la añoranza amorosa expresada con la palabra susurrada se une acertadamente a los propósitos y decisiones acorazadas de relevancia vital y sorprendente.

La poesía de Cecilia Noriega es pasión, selección emotiva y acto inteligente. Lo que no emociona no tiene cabida en lo poético; la vida, y sus implicaciones, como acontecimiento en su corazón, es el verdadero camino del poema y el lenguaje su principal medio de expresión. Al leer las piezas de “Palos Secos” se siente la inocencia de lo inmarchitable de la creación, la emoción del temblor ante lo irrepitable. No caeré en la aberrante costumbre de la definición (frecuente entre nuestros letraheridos y gacetilleros literarios), o la incorporación al cuadro sinóptico de las clasificaciones extemporáneas.

Su libro está basado en una experiencia surgida de la propia vida, profunda en reflexión y estructurada en áreas de sentimentalidad; “Palos Secos” no puede integrarse en el realismo considerado como objetivación; si así fuese, estaría condenado a la muerte como lo está todo realismo poético desde su nacimiento, pues estos versos trascienden, nos penetran y se recrean en la mente y en el corazón. Hay una sentimentalización de lo inteligente que ordena lo caótico de la realidad que rodea a Cecilia durante un tiempo determinado. La realidad o, por mejor decir, lo confuso de su manifestación, con lo que toda la hermenéutica de lo real queda trascendida a dialéctica entre presencia y trascendencia, esencia y trasgresión. El acto formador, creador del objeto poético, debe

¿Cómo poder explicarnos con exactitud las razones de la necesidad de este libro, lo mismo en su origen que en su destino? Se produce en un estado urgente de expresión asociado a determinadas de carácter serntimental y lingüístico que al límite del pensamiento desborda, a su vez, lo inteligente para apasionarse y apasionarnos desde las raíces primarias del subconsciente acumulativo. Todo poema es por eso también una fatalidad. La Poesía (con mayúscula) parte de hechos reales (como en este poemario) para ser una respuesta ante estados parciales del conocimiento y transformar toda realidad en donde estamos implicados y se ubica el mundo.

En “Palos Secos” se muestra una tendencia hacia la interpretación simbólica de la realidad que llamaríamos “palpable” en la que los elementos que la componen y aparecen en el poema quedan transformados en signos representativos de una realidad superior. Todo ello, estimulado por una incontrolable pasión por la vida, a través de un discurso a veces entusiasmado y siempre anhelante.

Cecilia Noriega practica una escritura de la naturalidad, que elimina adornos y orfebrería; ha ido esquematizando y esencializando su estilo, que completa sin utilizar el lenguaje muerto; crea una escritura delgada en medios expresivos, con impregnado tono de diario íntimo, en el que plantea esa indagación que todo auténtico poeta se plantea. Su libro es lo justo, sin grandilocuencia, como si hablara a la oscuridad. Cecilia utiliza un cuidado y buscado –que no rebuscado- lenguaje que pule, y al mismo tiempo, recarga con las exclamaciones y llamamientos necesarios, puesta artista escribe con la gruesa pincelada del grito en el instante preciso. Pincelada que a veces es un brochazo surrealista; creo, y conmigo lo creen muchos y lo han escrito, que el surrealismo es una vía de conocimiento de la realidad, más que una forma de expresión.

Cecilia crea una escritura no ornamental, en su justo punto de equilibrio, sin acumulaciones fatigosas. A menudo, fusiona los ecos de algunas predilecciones y preferencias literarias, pero estas atemperadas resonancias no impiden que se produzca una severidad en la elocución que resulta originalísima. Una medida compulsiva en las frases, con peticiones relampagueantes, incisivas.

Cecilia no escribe versos todos los años; pasa largas temporadas sin trazar letras en un papel. Los piensa, los medita, los saborea y los va afilando y puliendo mentalmente, desentraña el misterio de un modo inefable y secreto. La poeta, al fin, escribe cuando los sonidos de su alma aparecen. Esta es la poesía que yo llamo del estremecimiento, del resplandor vivo y persistente que se produce con la descarga eléctrica, el deslumbramiento de la hoguera que crece y nos deslumbra.

Todo lo que existe fue alguna vez necesario. Alguna vez Cecilia necesito reconocerse, pidió a un puñado de palabras ofrecer lo mejor de sí misma, buscó una exclamación que saliera por su boca. Alguna vez creyó que esos vocablos lamerían sus heridas, alguna

que recuerda, cada sílaba arrastra el zumbido de los siglos, la reverberación de las primeras sílabas del ser humano, de las primeras palabras de la niña que fue. Las invoca para reconocerse, para curar sus heridas, para traer de nuevo a su lado a un hombre, para conjurar el miedo, para ser feliz ella y traernos beneficio a nosotros. Las palabras hilvanan su memoria y la de sus lectores.

Lo hermoso de este poemario es que no precisa explicaciones. No tiene que explicar por qué está escrito, esos párrafos que muchos poetas incluyen en las solapas de sus libros. “Palos Secos” es una constelación de la sinceridad, de la veracidad de unas palabras vibrantes, que maniatan el tiempo.

El gran poeta Valente dice: “mientras pueda decir, no moriré,...ni tú conmigo”. El tiempo está apresado en estas huellas de pisadas en un desierto de tiempo, maderos a la deriva en océanos de soledad, hogueras en la noche a la espera de alguien. Cecilia escribe porque sabe que hay alguien perdido como ella en algunos días de su vida, alguien salvado cuando se lee este libro.

Cecilia practica una escritura de la naturalidad, desnuda en sus sensaciones, delgada en medios expresivos, un auténtico logro en el dominio de la expresividad precisa, sin una palabra de más, ni una de menos. Estos poemas sortean el gran peligro de caer en el tono elegíaco, de impregnarse de la tristeza contenida, de la nostalgia iluminada; evitan el erotismo suave de la melancolía, la vagarosidad. “Palos Secos” desarrolla una fórmula personal que ajusta el sentimiento a un verso cortado, escueto, lapidario, conceptual y prieto.

El texto mantiene el tono a lo largo de todos sus poemas. Goza de una temperatura uniforme, de un clima que llegará a ganar al lector con su discurso sorpresivo, muy completo, muy trabajado.

Cecilia se afirma en el fuerte tono moral de la obra, y dicho elemento moral no lleva consigo una falta de intención estilística y formal. Para ir terminando, se trata de una poesía de comprensión del destino humano y de las cosas. De la radical precariedad y fugacidad e, incluso, de la angustia y la belleza de nuestra vida. De ellas nace la libertad de la persona, y su cárcel.

Me doy cuenta de que no he citado el lugar de Pucallpa en la Amazonía peruana, in al Tunche, ni a la ayahuasca de la palabra, citado por Pedro J. de la Peña en el prólogo magistral del libro. Os pregunto: ¿es absolutamente necesario?

Volvamos a las palabras iniciales de este boceto de presentación. Afirmo y contradigo en parte las palabras de Azorín: el libro es muy bueno, pero necesitaba egoístamente que yo fuera gozador de estos espléndidos poemas y que lo comunicara a vosotros, con